

Lil Rodríguez S.

Balance de un evento desbalanceado

II Festival de Música Latinoamericana

Bastante se ha escrito acerca del significado, historia y connotaciones de un festival de música popular. Competitivos o no, suelen provocar la reunión de músicos y tendencias musicales, así como generar corrientes de opinión que aplauden o critican según sea la filosofía que los rija.

El II Festival de Música Latinoamericana efectuado en Caracas no llegó a ser una reunión de tendencias, y, pensándolo bien, tampoco una celebración. La premisa filosófica sobre la cual estaba sustentado al parecer se desplomó, originando el incumplimiento de otros postulados. El resultado fue una masa de sonidos que no sorprendió ni a la nostalgia, y una sensación de vacío que evidencia la falta de propuestas y emociones del evento musical del Ateneo de Caracas dedicado a los ritmos populares y sus voces.

¿POPULAR O POPULACHERO?

Si se toma en cuenta la inmensa diferencia que existe entre los dos conceptos, y la enorme confusión que generan, se podría deducir que el Festival de Música Latinoamericana en su segunda edición estuvo signado por el populacho musical. La base de mostrar al público de Caracas las nuevas tendencias, los nuevos valores, las corrientes auténticas con sus auténticos representantes, quedó invalidada ante la concesión inmensa de hacer un evento que generara ingresos y audiencia. Por la vía más fácil se pensó en artistas con trayectoria exitosa y muchos temas pegados, sacrificando el concepto de calidad por el de fama o popularidad. Un detalle más habla del poco acierto en la escogencia de los invitados. Se optó por trabajar más sobre la base de los managers que sobre la base de la búsqueda. Es así como se observa que más de tres representantes internacionales obedecían a la misma oficina de managers. Y lo que es peor: el mismo esquema se trazó para los artistas nacionales.

Es decir, «por la vía de un manager resolvemos los artistas» en lugar de «Hay que buscar al artista adecuado esté donde esté».

La inclusión de las Estrellas de Pacheco, Willie Colón, Rubén Blades, Barretto, Adalberto Álvarez, Síntesis, Simone y Djavan obedeció a este criterio. Lo mismo pasó con María Rivas, Nancy Toro, Alberto Naranjo y Esperanza Márquez, amén de Saúl Vera. No es culpa de los músicos, ni de la música, sino de los criterios de valoración que se ejercen a la hora de una escogencia dada.

Fotos: FRASSO

En rigor, nada nuevo se mostró en Caracas, con honrosas salvedades. Más bien se vio a artistas que tenían algunos años sin presentarse ante la audiencia caraqueña. Un amasijo de músicos viejos, añosos, desgastados y con el concepto del «mata tigre» entre ceja y ceja fue lo que nos envolvió. Y bien valen los aplausos para ellos en tanto que partícipes de una historia que se sigue escribiendo, pero no en el sentido de un aporte actual, necesario, contundente y revitalizador. Por eso tanta gente habló de una nostalgia no satisfesa, y no se mencionó la palabra asombro o aporte en clave de futuro.

¿LATINOAMERICANO?

De ninguna manera. El asunto se redujo en la práctica, al Caribe, y más allá, a la modalidad salsosa caribeña. La ausencia de los representantes del Sur del continente, inclusive de algunos nombrados para la primera edición del Festival, fue evidente. Chile, Argentina, Colombia, y buena parte de Brasil, quedaron silenciados en la escogencia. Ni qué decirse tiene que México volvió a sufrir un incomprensible ostracismo, amén de que República Dominicana y Puerto Rico no estuvieron literal-

Con un mundo de concesiones por delante, y sin una premisa cierta que apuntara a la elevación cultural de la audiencia el festival del Ateneo de Caracas no pudo siquiera alegrar la nostalgia.

Con todo, y acostumbrados a comer de las migajas que el sistema nos brinda somos capaces de decir que peor es nada.

Lil Rodríguez





mente representados.

El hecho de que haya boricuas en Fania o en las bandas de Barreto, Colón y Blades no significa que Borinquen tuviera voz y voto en un sonido que no le representa, en su nacionalidad.

El II Festival se fue por el lado fácil de la salsa fácil, absolutamente digerible,ailable por quienes la adversan como expresión social, y ajena ésta, la que se presentó, al entorno de la zona que la engendró. Lamentablemente las relativamente pocas personas que acudieron al Poliedro, fueron buscando alternativas y tampoco encontraron los pasos del baile a que tan acostumbrados nos tiene la música por estos predios.

La insurgencia musical latinoamericana es evidente y fuerte.

No son los temas exitosos y los cantantes de laboratorio los que van a invalidar la propuesta; pero sí se corre el riesgo de opacarla acciones como la organizativamente emprendida por el Ateneo.

Por lo demás, aparte de la poca comunión con la masa, los artistas internacionales vinieron a ensayar sus números viejos, ajenos (porque al parecer no les importaba) al sentido de ubicación en el tiempo y en el espacio de la audiencia caraqueña. Sólo así se explica que Willie Colón cansara por demás a quienes lo vieron en El Poliedro y que Barreto con todo su sabor y maestría, se volviera hacia el lado económico del sexteto de jazz antes que a la contundencia del sonido de su orquesta. Solo así se explica también que todos, absolutamente todos los artistas convocados cantaran lo mismo, y exactamente en el mismo orden en sus diversas presentaciones.

¿CELEBRACION?

¿Cuál celebración? ¿La del encuentro o reencuentro con nuestras raíces? ¿Con nuestros ancestros? ¿Con nuestros representantes máximos en la músicaailable?; ¿La celebración del público que «llenó» los escenarios de presentación musical?

¿Qué se celebró? Porque ni siquiera, tomando en cuenta que en el año de conmemoración del Quinto Centenario no hubo festival, no se retomó la idea del mestizaje de propuestas que 500 años nos ha dado en la gallardía de sabernos vivos.

Se efectuó el festival. Nada más. Sin pena ni gloria. Fácil para los que no se plantean otro horizonte detrás del horizonte que nos han preparado como telón de fondo, ocultador de auroras y de estrellas. Adverso para quienes creen en la enseñanza a través de la música y de la valoración de muchas fuentes morales incluidas en los códigos éticos del ritmo.

Ofensivo para quienes amando y conociendo la música, y en capacidad de apreciar lo bueno y lo malo del evento, no pudieron asistir debido al costo de ingreso a los locales.

Triste para quienes vieron desperdiciada la oportunidad de dar al país una opción anual de feliz encuentro en la música como vía para asomar otro prisma a la noción de cultura que se nos inculca diariamente.

Terrible para quienes no encontraron alternativas más que las que surgen otra vez del desencuentro y el desbalance.

Y con todo, acostumbrados ya a comer de las migajas que el sistema nos brinda somos capaces de decir que peor es nada y que no todo estuvo tan malo y que el próximo será mejor para aligerar esta carga de concesiones que se ha vuelto cotidiana.

